

Pequeña antología de Vicente Cervera Salinas

A Lou (1889)

¿El espíritu? ¡Qué me importa el espíritu! ¡Qué me importa el saber!
Sólo a los impulsos doy valor, -y juraría que éste es un rasgo que
poseemos en común.

F. Nietzsche

La hojarasca es soberbia y engañosa
porque en ella
prende el fuego con violencia
y con súbita bravura
y con fruición. Mas pronto cede.

Sólo a aquél resiste el tronco.
Y en su sólida materia
se habitúa persistente.
Y las lenguas lo acarician contra el tiempo
y su cuerpo les revela
llama a llama
la promesa y la amenaza de su amor.

(De *Aurigas inmortales*, Comisión del V Centenario, 1993)

La partitura

Diestras son las manos y veloces, cuando
el organista emprende itinerarios del sonido.
Toda la tensión del cuerpo hace presa en los acordes,
sobre modulaciones, y entre las armonías.
Incluso la presión inquieta de sus pies
hace pensar, al arrobado espectador, que nada
será ajeno; ni una fibra, ni una arteria,
ni siquiera aquella célula que pronta está a expirar
escaparán a su atención febril, que alimenta
y que cautiva en plenitud todo su ser. Lo verás
como el perpetuo esclavo en la aventura que vendrá.
La aventura que trazó otra mano aún más diestra:
partitura hecha de símbolos eternos
y de una entonación universal. Y así, el artista
se aprisiona con el fin de liberar la nota muerta,
el silencioso pentagrama que hace entrega
de sus dones al oficiante consumado.

No imagino una manera más rotunda de hallar
una metáfora a mi búsqueda perpetua.
Son las manos que presiento sobre el cuerpo
adormecido. Es la ofrenda, el ofertorio,
el silenciado contrapunto que mi espíritu atesora
y que espera enriqueciendo el pentagrama de mi vida.

Sin saber si ha de llegar aquel artista
que interprete, absorta su mirada en mis acordes,
los fraseos musicales que forjé y dejé descritos
bajo claves, armaduras y furtivas variaciones.
A la intensa partitura que inventé con entusiasmo
y con pasión, y que hoy reposa en el atril
de la destreza.

(De *La Partitura*, Vitruvio, 2001)

Los zapatos amarillos

Con su base de madera aparecían,
escondidos, fascinantes, imposibles
y señeros. No podía sustraerme
a su extrañeza: me postraba
y descubría. Hipnotizaban un deseo
despojado de cuitas: alegre y
puro. Ni las botas azules, ni
la airosa abotonadura abierta
en los de cuero. Sublimaban
el airoso ritmo del claquet, la
contradanza del charol, el arabesco
entobillado del flamenco. Solaz del
pícaro, refugio fulgurante del payaso,
talón de Aquiles del dorado dandy
adamascado. Confundían su tamaño
con mi pie, y en mis manos, destellaban
movimientos en potencia. En sus pasos
presentía los latidos del sonriente

bienestar. Ni de cristal ni de heliotropo
su materia: de la arena y del azufre
de los sueños. Lamidos por su orilla
vigilante, irradiaban luz sus vetas
pinceladas. No era maldad su
extravagancia: eran la urgencia
cenital. Era el ardor del caminar
sobre la tierra, con un gesto de
imprudencia y de jactancia, rebotante
y gualda. En su suelo, ciertos signos
no leídos inscribían historias para ser
sentidas: indicio amable de que nunca
contendrían más función que la de
ornar las ondas del descanso.
Que su huella no será sino
la ciega geografía donde anidan
los heraldos amarillos. Mensajeros
de regiones que no fueron
profanadas, ni en sonoros
pasos del vértigo vertidas.

(De *El alma oblicua*, Verbum, 2003)

Significantes

Amor reside en los significantes.
Lo que escucho es tan sólo lo que tú
me expresas: sabe a tu voz, brota
en tu grafía. No hay remisión
posible a otro concepto. Si se alza
un árbol ante mí, es ése y no cualquiera
el que ansío que contemples; en este tronco

se agita cuanto falta; en esta rama
erguida, yérguese la maravilla
de saberte. No piso otro suelo
ni beso otra respiración. Nada se aleja
de la forma que la esculpe. El color
se demora en la instantánea. La letra
agrava el ángulo de su figura;
anuncia la mañana
tu clavícula. El sonido de tus sueños
la desnuda. Lo lejano es infinito
sin tu sombra. Los nombres de los otros
se me olvidan. Los objetos
que no tocas, pierden brillo y densidad,
y se extravían. Nada saben.
Nada indican. La memoria es carne, y
la apariencia, realidad. Más cuando
el signo que es metáfora recupera
su articulación, algo
comienza a expirar. Surge, hostil,
el reino de los ruidos.
Y todo grita su silencio
y todo vuelve al sinsentido.

(De *El alma oblicua*, Verbum, 2003)

Cautiva

De la impostura al cautiverio
no hay un abismo,
tan sólo un fuego que flota
y de pronto estalla. Deja así
la estela absurda de los pies

con barro y sin huella. La ocasión
deshabitada que se humilla
como la cifra cautiva
de una ecuación sin resolver.

(De *El alma oblicua*, Verbum, 2003)

Escalada

Avanzo instintiva,
luego, cabalmente.
Descanso si mis pies
se fatigaron en exceso
o si latía en desmesura
el corazón. Observo siempre
cuanto brinda la arriera
y madre Natura. Y de ella
pretendo incorporar algún
apunte a mi persona;
reposo cuando el sueño me
reclama y dejo que me venza
sin darme nunca por
vencido. Si me asaltan
los ladrones de mi paz,
procuro ahuyentarlos
con el don de la mirada.
Intento que del trecho
recorrido me acompañen
las señales aprendidas, y proyecto
el tramo que me resta
por hollar, obedeciendo a la ley
de la materia y al mandato
más robusto de la fe. Llevo
en la cartera talismanes

que aprendí ejercitando el arte
de la memoria:
un libro de mi padre,
un poema de mi amiga,
y siempre voy contigo,
en la andanza de mis pasos
o en la percusión de los ecos
y en la luz que todo irisa.
Dejo que me asalte la canción
si mi suelo forma arena;
cuando hay peñas, amortiguo
con las suelas del equino,
atento a los follajes que diviso.
Entono versos cada vez que la sombra
de la certeza deja al descubierto
superficies de hondonadas
y prosigo veloz en mi lentitud.
No porto reloj en mi pulsera;
surco el tiempo con la escala
de cada decisión. Al error,
le presento mis disculpas,
y le concedo al extraño
el beneficio de la duda, para
no inclinar con su lastre las espaldas
laceradas, y no reconocirme
sólo en el reino de la culpa
y sus fracasos. A menudo medito
sobre el límite entre el centro
y sus innumerables periferias,
recibidas o nuevamente formuladas.
Atajo el cinismo y la presión
de la rutina con las palabras
que instauran la fortaleza
de lo desconocido, o de lo eterno
restaurado. Arranco algunos brotes
del almendro en flor para regalar

ramos de aromas efímeros
y, en el recuerdo, permanentes.
La distancia de lo andado nunca
es mayor que el continente imaginario.
Y si lo fuere, será que el tiempo
consumido había sido el otorgado,
el necesario, el que la sabia mano
sobre mí depositó. Otra imagen
del mundo sobreviene, sin que
el sentido de lo hollado desfallezca.
Escudriño las fauces del león
y de la tórtola aboceto isocronías,
y aligero así cuanto se inclina
a la caída. Mudo u órfico,
rico en tesoros de huellas vivas
que manos ajadas me hacen
observar, susurra alguna voz
que ya debo detenerme.
El viaje en espejo coincide
entonces con la serie y el contraste
de estaciones. Hincó el talón.
Miro en torno, y advierto
-sorprendido- que el camino era
un ascenso y el viaje una
escalada, que permite recostarme
en su penumbra vertical
donde distingo una constelación
de brezo y piedras,
que un sol terrestre hace
brillar.

(De *Escalada y otros poemas*, Verbum, 2010)